

C.E.N.A
972.8
C355u
C.R.

Castro, Angel Anselmo

LA UNION NACIONAL.

RÉPLICA

A UN FOLLETO PUBLICADO EN SONSONATE

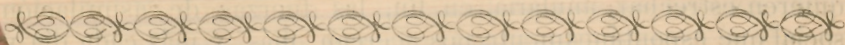
EL 12 DE ENERO DE 1889.

SAN JOSÉ.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.

1889.





LA UNION NACIONAL.

RÉPLICA Á UN FOLLETO PUBLICADO EN SONSONATE EL 12 DE ENERO DE

1889.

I.



A pocos días recibí un folleto anónimo publicado en Sonsonate de la República del Salvador, en el que se aboga por el empleo de la fuerza para realizar la unión de Centro América.

El autor quiere un hecho imposible por un medio impracticable.

El hecho imposible es que la unión pueda realizarse por medio de las armas, pues ningún pueblo de éstos sería vencido por una falange unionista ni por uno ó dos de los Estados hermanos; las Repúblicas del Salvador, Nicaragua y Costa Rica son buena prueba de esta afirmación; y, si por un prodigio de la fortuna y de la audacia, se llegare por medio de la fuerza á someter voluntades libres á un régimen que rechazan; á avanzar fronteras sobre escombros humeantes y tétricos teñidos de



sangre y entremezclados de cadáveres, ello en vez de unirnos rompería los comunes intereses, aflojaría los vínculos que se quieren estrechar, anularía, en fin, las fuerzas de asimilación social que espontáneamente nos acercan más y más cada día y que se traducen con la elocuencia de los hechos en afectos sinceros, en la solidaridad de tendencias al progreso que civiliza, y en el sentimiento de nuestra protección ante las desventuras que experimente cualquier sección del territorio centroamericano.

La guerra nos destruye y divide; ella no puede brindarnos la unión que engrandece y funde en una las fuerzas diseminadas de un pueblo fraccionado.

El medio impracticable que propone el autor del folleto es que los unionistas se asocien, armen y preparen para la guerra, con sus propios recursos, contra todo pueblo, gobierno ó individuo del istmo que no quiera la unión ó que la realice lentamente.

Yo comprendo á Víctor Manuel y á Guillermo realizando la unión de Italia y la de Alemania; comprendo que pueblos diseminados de una misma procedencia histórica se unan, y unan para siempre en entidad política cuando vean amenazada su existencia, sus tradiciones, su natural modo de ser; pero que intempestivamente un puñado de impacientes unionistas sin el prestigio y la fuerza que da la posesión del Gobierno de un pueblo fuerte y los recursos morales y materiales que exige una campaña laboriosa, sin ejército organizado y respetable desafie á cinco repúblicas, contando con que se le rindan sin resistencia unos, á impulsos, probablemente, de la lógica que se despliegue en una proclama, y con el triunfo problemático si no imposible, sobre los demás, eso no lo comprendo; eso es una ilusión de niño, que da derecho á dudar de los sentimientos unionistas del autor del folleto ó de su buen juicio.

Morazán con sus legiones aguerridas, tan eminente como militar, tan magnánimo como gobierno, tan demócrata como político, tan prestigiado como jefe, no pudo rehacer la unión por medio de las armas; y cree el señor del folleto que las circunstancias de hoy sean más favorables que aquellas en que el Genio de Morazán fué impotente para impedir que el rayo del egoísmo lanzado en la noche tenebrosa de nuestra infancia na-

cional, despedazara á Centro América? No lo crea. Los hombres de aquella época nacieron y desarrollaron bajo el pabellón federal. No conocieron la independencia de los Estados afianzada. Eso, por sí sólo, formaba buena atmósfera á la idea de Morazán; pero no sucede lo mismo con los hombres de hoy que ni respiraron los aires de la antigua patria, ni ven en peligro la que actualmente tienen.

¿Cree que el incendio que produjo esa catástrofe se apaga con fuego? No puede creerlo.

Los odios creados entre pueblo y pueblo por la audacia y mala fe de los destructores del lazo federal, no se mitigan y extinguen con fuego; que el fuego no es fuerza de cohesión, y cohesión es lo que necesitamos.

Ni los mismos enemigos de la unión hacen tanto daño á la causa, ni retardan tanto su triunfo, como los unionistas impacientes y los que creen que el fin justifica los medios.

La cuestión debe estudiarse mucho y meditarse más.— Sin estudio y meditación no se debe escribir; los mejores ideales se hacen impopulares cuando la inexperiencia y los locos entusiasmos se convierten en heraldos suyos.

Bien sé que por estas ideas me llamarán los impacientes *separatista* y poco patriota; pero no temo el juicio de ellos.— Bástame hacer constar á los que buscan la fusión de estas cinco repúblicas por buenas vías, que soy unionista de corazón por convencimiento, y que no sin hondo pesar veo desaparecer mi primera juventud sin que se haya realizado el ideal, sin poderme apellidar ciudadano de Centro América. Pero por lo mismo que deseo la reaparición de la antigua patria, porque quiero contemplar su advenimiento y servirla con todas mis fuerzas, duéleme que la imprudencia le cierre el paso con que presurosa marcha á saludar, próspera é indestructible, la aurora de la vigésima centuria.

Hay medios racionales y medios irracionales que emplear en la realización de todo plan; sólo que los segundos producen decepciones acerbas, crueles desastres, pesadas brumas sobre el corazón, que no nos dejan ver más el objeto perseguido en el horizonte en que se ciernen las aspiraciones nobles y los ideales realizables; y que los primeros nos llevan derechamente á la meta del deseo.



No me sorprende ver afirmada por el autor del folleto, tras una serie de sofismas, la conclusión de que la guerra es el único medio racional de hacer la unión. Si Anaxágoras sostenía que la nieve era negra ¿cómo había de maravillarme que el *fusionista por la fuerza* convierta en racional lo que reprueba el humano entendimiento?

El folleto á que aludo es eminentemente impolítico, extemporáneo y antipatriótico.

Los Gobiernos civilizados que hoy nos rigen lo condenan con sus hechos.

Por desgracia no es ésta la única ocasión en que se hace propaganda de la violencia como medio de fundir estas cinco repúblicas en una, ni es tan sólo el autor del moderno folleto quien la sustenta. Eso y el silencio que ha guardado nuestra prensa sobre el particular, me mueven á trazar estas líneas, más que para combatir el pensamiento bélico, para tributar el homenaje de mi simpatía á la política eminentemente civilizadora que rige respecto de la reconstrucción de la antigua patria.

Esa política ha hecho realmente, no en teoría, una familia de los pueblos centroamericanos.

Los ciudadanos de Guatemala, Honduras y Costa Rica, gozan de iguales derechos políticos en cualesquiera de las tres repúblicas.

El arbitramento como ley internacional para resolver las cuestiones que surjan entre los Estados, es una evidencia.

También lo es la mutua defensa contra extraños potentados, la abolición de las alianzas de unos Estados contra otro ú otros, la intervención de todo Centro América en los conflictos de las actuales repúblicas para evitar la guerra, y muchos otros beneficios que son ó han de ser en breve tiempo, pasos de aproximación al común destino que anhelamos.

Esas conquistas del derecho, no son farsas. Ni la madurez y la prudencia, el estudio y la medida, son *nimiedades* de hombres apocados: son condiciones que reclama todo pensamiento grande y trascendental para surgir á la vida y ser viable.

Uno ó dos lustros de prudente y meditado esfuerzo, ciertamente es mucho para los que no saben esperar; pero es menos que la ruina material, los sacrificios, la sangre ver-

tida y el descrédito de estas naciones; único fruto que pueden legar á la patria, por medio de la guerra, los fusionistas desesperados.

Yo sé que la unión tiene enemigos sistemáticos, irreconciliables, para quienes sería su realización una verdadera calamidad; pero eso no autoriza el empleo de la fuerza.

Esos espíritus rehacios se van resignando á aceptar la evolución, arrastrados por la fuerza que imprimen al pensamiento la cordura de nuestra diplomacia, el avivamiento de las simpatías entre pueblo y pueblo, la confianza que reina respecto de la lealtad con que los cinco Gobernantes conducen su política por medio de la paz y del respeto á la soberanía de los Estados, al bien de Centro América, á su mayor progreso en lo moral y material.

La mayoría de los centroamericanos queremos la unión como se está llevando á cabo. Una minoría que la rechace, no debe preocuparnos.

Un trabajo lento en que todos los Estados reconocen su igualdad y respetan su soberanía, en que ningún factor vale más que otro, en que se discuten todas las opiniones, en que se allanan todos los obstáculos por medio del debate; eso era lo que se necesitaba; eso es lo que se hace para llegar á la unión.

Yo la bendigo así; pero la maldeciría si fuese impuesta á mi patria por insolente soldadesca como á tierra conquistada.

Combatamos los errores, los sofismas, los absurdos; prensa hay para ello y tribunas y libertad.

Únase y disciplínese el partido liberal unionista, conquiste el derecho del sufragio, y haga uso honrado de él; atraíga-se correligionarios hasta hacerse mayoría, y las urnas electorales dirán la última palabra.

Entre tanto, marchemos como es debido; rindiendo homenaje al derecho y á la autonomía de las cinco repúblicas.

II.

Nada agita en mi ánimo tan vivamente el sentimiento del patriotismo, como esa labor tranquila, seria y honrada con que los actuales Gobiernos de la América Central preparan el renacimiento de la unión centroamericana.

La prensa que conduce el pensamiento con sano criterio y voluntad firme; la palabra elocuente que, inspirada en el bien de estos pueblos y en la majestad del derecho, hace su propaganda; la actitud eminentemente culta de nuestra diplomacia en medio de la evolución que se impone; los resultados de dos Congresos unionistas que, dando de mano á la violencia, han estrechado el vínculo de la fraternidad, unificado la política y ensanchado los intereses comunes de las cinco repúblicas sin otra lucha que el debate de la razón sobre la fecundante arena de la paz; todo eso me entusiasma y enorgullece, porque enorgullece lo que civiliza y entusiasma la proximidad real de todo anhelo generoso.

Es ley histórica que las razas afines y los pueblos de idénticas tradiciones, costumbres, política y religión, tienden á unirse, ya á impulsos de la común defensa, ya para tomar asiento en los arcópagos donde deciden las Grandes Potencias las cuestiones de un continente y se acuerdan las variaciones del mapa.

La política internacional, en este período histórico, se caracteriza por la tendencia á la formación de grandes nacionalidades; y es sorprendente ver cómo los países pequeños que debieran ser los iniciadores, ó al menos el mejor apoyo de esa tendencia, se muestran, en lo general, rehacios y satisfechos con su debilidad.

Cuando el entendimiento y, antes que él, los hechos que se realizan, nos revelan á los que pertenecemos á pueblos tan pequeños como los de este itmo, que la autonomía de que disfrutamos y la libertad que ejercemos, no tienen otra razón de ser que el disimulo y tolerancia de las naciones fuertes; ó que pueden resolverse, como diría un jurista, por la voluntad en contrario del más grande, no acierto á explicarme por qué algunas voluntades rechazan la única manera de contrarrestar injustas ambiciones y de conservar el don altísimo de la libertad política.

Los que se conforman con respirar la estrecha atmósfera en que se mueven estos pequeños países; los que aman esta libertad de insecto, aseméjense al sentenciado á muerte para quien un segundo de tregua vale más que todos los años vividos.

Y los que en la debilidad y pequeñez de estas repúblicas afectan descubrir su fuerza y el amparo de su autonomía, paréceme que se hallan más próximos á la esclavitud que á la verdadera ciudadanía porque suspiramos en estas nacionalidades maltrechas; pues nunca ha sido la debilidad de la presa un dique á la codicia, ni es nuevo decir que contra los países que vuelven espaldas al sol de la civilización, cae el azote de la conquista. ¿Y qué diferencia hay entre los que se amparan á su debilidad para no ser inquietados y los que sin luz en los ojos, satisfechos explotan con su desgracia la caridad pública y rehuyen tornar á la salud por evitarse las penalidades del trabajo? Y sobre todo ¿quién sería nuestro Bayardo en esta época tan poco caballeresca?

Los adversarios de nuestra unión aducen como principal argumento el hecho de que estas repúblicas unidas, sobre no mejorar notablemente nuestro estado de pequeñez y debilidad, nos obliga á mantener un nuevo tren de empleados federales, un ejército nacional, quizá una flota en cada oceano, y á enfrentarnos con países mucho más fuertes que Centro América, ó más aguerridos, con quienes mantienen disputa por fronteras ú otros motivos, algunos de los actuales Estados, todo lo que cabe perfectamente dentro de este adagio: "Bien está San Pedro en Roma." Mucho hay que decir á este respecto. Ciertamente, la unión no nos transforma en potencia de primer orden

ni nos coloca entre las grandes nacionalidades del orbe; pero es innegable que nos pone á la altura de la mayor parte de los países suramericanos; que en la misma Eurpa hay naciones de población menor, ó á las que se aproxima la América Central, y son prósperas, cultas y respetadas; que si por su relativa pequeñez no debieran organizarse estados que, como Centro América, comprenden apenas una población de cerca de cuatro millones, con la misma lógica deben desaparecer todos los que no puedan codearse con Rusia, Alemania, Inglaterra ó Estados Unidos. Es también evidente que con la unión seremos menos pequeños; que en virtud de ella tienen que desaparecer los celos y disputas internacionales que tanto han amenguado el poder real y la fuerza moral de estas cinco repúblicas; que la división como sistema sólo puede ofrecernos para el futuro el completo aislamiento y la relajación del vínculo de confraternidad que en ocasiones solemnes ha borrado fronteras y producido la mancomunidad de los grandes intereses centroamericanos ante el amago que haya amenazado su existencia en cualesquiera de los Estados. De otro lado, si la unión nos trae beneficios y ella no pudiera afianzarse sin levantar un ejército y organizar una armada, podemos contestar con la frase de Enrique IV: "París bien vale una misa." Y si por virtud de ellauviésemos que defender con las armas los derechos que disputan Colombia y México, defenderíamos territorio de la patria, honra centroamericana, nuestra propia soberanía; no tierra, honra ni soberanía guatemalteca ó costarricense. Hoy mismo, desunidos como estamos, tendríamos que hacer causa común con un Estado ú otro en cualquier emergencia que afectara la autonomía ó dignidad de la América Central, so pena de pasar á la historia infamados con el sello del egoísmo y de la indolencia.

Eso y mucho más de parecido jaez dicen, pero de buena fe, los que sin estudio profundo de las cosas se acostumbran á opinar sobre tablas y á dar más crédito al corazón que al cerebro. Asuntos como la unión no se deben ni pueden juzgar tan de prisa. Hay, como dice Rabelais, que romper el hueso y chupar la médula.

Pero no convirtamos el ideal en trapisonda vengadora contra los separatistas y conservadores.

No demos el derecho de creer que somos unionistas de

mala fe, queriendo el empleo de las armas para batir en brecha tan noble idea.

Ni creamos que los motivos de antaño son los que hoy retardan la definitiva alianza. El partido político que produjo el fraccionamiento ha casi desaparecido. Las ideas que dominaban en ese partido, pierden prestigio día por día. El Centro América de hoy es nuevo. Antes de la actual reforma social todo esfuerzo fué impotente; hoy todo trabajo es fecundo.

Hubo un momento en que el heroísmo centroamericano se puso á prueba. Las ardorosas playas nicaragüenses fueron teatro de una larga y penosa lucha en que se disputaban la soberanía de la patria dos razas y dos ideas incompatibles: la raza setentrional, que es invasora, enarbolando la bandera de la esclavitud, y la raza meridional, que es digna, desplegando el pendón de los libres.

Esa fué una ocasión magnífica para rehacer la patria.—Costa Rica dió pasos en ese sentido por medio del Ministro de Estado, Dr. Lorenzo Montúfar, y no fueron secundados por las otras repúblicas.

En esa misma época se formuló en Estados Unidos por casi todos los representantes de las repúblicas de hispanoamérica un tratado de unión y alianza continental. En ese tratado figura Costa Rica. La amenaza de absorción por parte de los esclavistas de aquel gran pueblo nos indicó el deber de hacernos grandes para tener patria, pero la indolencia volvió á reinar en estas zonas tibias, tan luego como se disparó el último arcabuz sobre la falange walkerista y el tratado quedó reducido á un vano proyecto.

Durante el gobierno del Dr. Montealegre, siendo Secretario de Estado don Francisco María Iglesias, probó este honrado estadista rehacer la unión y sus esfuerzos fueron estériles.

En las actuales circunstancias en que muchos no ven de cerca el peligro de ser destruídos ó absorbidos estos Estados, no es extraño que tenga por opositores la unión, á más de los reaccionarios, á los indiferentes, á los no previsores y á los que están contentos con su pequeña autonomía y su relativo progreso; pero en cuanto Centro América, qué digo? hispanoamérica se convezna de las tendencias del Norte, y medite lo que en pleno Was-

hington y en plenas Cámaras ha dicho con fecha seis del pasado febrero el representante Chipman de Michigan, esto es: "que los Estados Unidos van conduciendo su bandera á la América Central; que el *bill* de incorporación de la Compañía del Canal de Nicaragua es un paso, es el valiente avance que preludia el día en que aquella nación plante sus pies en estas regiones y vea flamar su bandera sobre el Estado de Nicaragua como uno de los suyos;" cuando se piense en que el discurso de Mr. Chipman fué aplaudido por la Cámara de representantes; y cuando Mr. Blaine, ocupando, como ya probablemente ocupa, la Cancillería de Negocios Extranjeros en el gobierno del General Harrison, ponga en práctica tales augurios, entonces verá el folletista de Sonsonate, veremos los centroamericanos y verán las repúblicas todas de nuestra habla y origen, cómo despierta el orgullo de raza, cómo se miran y consultan las hermanas indolentes, cómo se acercan los átomos, cómo se borran fronteras, cómo se confunden los pueblos, y cómo, en fin, no será un problema, no ya la unión de la América Central: la de hispanoamérica. Y es que todo se rige por leyes ineludibles, desde el invisible infusorio que habita en nuestras venas hasta el organismo más portentoso que imaginar pueda el genio humano.

Esas leyes son superiores á la voluntad de los hombres. No nos opongamos á su desenvolvimiento; ayudémoslas, si es que las bajas pasiones y los juicios empíricos no deben gobernar el mundo.

No precipitemos los acontecimientos.

Nunca como hoy la idea unionista ha tenido de su lado mejores elementos de realización. No emponzoñemos la atmósfera que le da vida con vapor de sangre y humo de pólvora.

El pensamiento crece y se prestigia de un modo sorprendente. ¿Qué debemos hacer entre tanto sus partidarios? Trabajar por los principios democráticos; encarnar en los que gobiernan y son gobernados, prácticas republicanas, afianzar la libertad, consagrar la alternabilidad, santificar la ley por la común obediencia, hacer en fin, república; pues la unión sería un mito ó un aborto dentro de cualquier sistema de gobierno que no sea verdaderamente republicano.

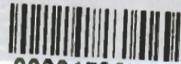
Mucho tenemos que hacer en este sentido. El camino es largo y apenas hemos empezado á recorrerlo; pero desenga-

ñémonos; hay que darle remate antes de unirnos en estrecho y sincero abrazo.

Ese es el orden. El más leve desvío, nos conducirá á cualquier lugar, menos á la unión; y si ésta se llevase á término desconociendo las leyes de la lógica, sería efímera, sería para contemplar una vez más discordias entre los Estados, guerras civiles, pasiones y ambiciones injustas y desenfrenadas; sería para ver de nuevo romperse el lazo federal y morirnos de vergüenza!

ANGEL ANSELMO CASTRO.

Marzo de 1889.



0000150374